



VOL 74 N° 4
JULIO-AGOSTO 2006

Ilustración

ANA MARÍA QUAGLIA

(n. Villa María, Pcia. de Córdoba; artista argentina contemporánea)



"El té está servido"
Óleo



"El Pinar de Monte Hermoso"
Óleo

Radicada en la ciudad de Bahía Blanca, Ana María Quaglia es poseedora de una extensa formación adquirida en seminarios y talleres. Sus muestras han sido numerosas y desarrolladas en diversos puntos del país (Fundación Bolsa de Comercio, Consulado General de Italia, Alianza Francesa, Encuentro Nacional de Pintores, Exposición Artistas Plásticos, etc.).

El análisis de la obra de Quaglia demuestra serenidad en su perspectiva de observación. La artista evidencia en su paleta la reflexión sobre la realidad que la circunda. Su contemplación certera y distante en los objetivos buscados estalla en sus telas con variada simbología. Sin embargo, con cualquiera de ellas, la nostalgia volcada lleva el sesgo de perpetuar el instante de la exaltación.

Simbología de la crisis

Similar a la existencia, el arte utiliza símbolos en su expresión, lo realiza con atributos que no dejan de representar una interacción entre el microcosmos del creador y el gran cosmos del entorno. Ese idioma de formas y colores en la plástica es el que permite el diálogo entre los dos cosmos para llegar al conocimiento. Es así que, a través de la aprehensión del *logos*, el hombre ingresa en la cultura.

En algunos momentos de la crónica humana, esos símbolos surgen no sólo del proceso continuo del cambio, sino que se producen en ellos transformaciones bruscas e insospechadas. Esos conceptos al manifestarse se encaminan hacia latitudes novedosas e impensadas.

El idioma técnico del artista se adscribe a una forma de identidad influida indudablemente por el juego entre el paradigma creativo de la época y la sensibilidad individual del que ejecuta. En realidad, este quiebre se centra en la profundidad, en el "ser" del artista. Esta situación determina la evolución cultural, a partir de provocar una sublevación, una crisis en su intimidad. El color, la voz y la forma constituyen la lingüística del que se vale ese torbellino creador, semejante a las brújulas-palabras que exhibe el escritor. Es el modo de expresión que iniciado en el "ser" se adentra en la imagen natural para capturarla, rescatándola del baldío de la existencia. A través de sus obras el hacedor va sembrando improntas emocionales. Signos genuinos de su paso existencial.

Fundamento del arte

La distancia nos vuelve a los miedos. A medida que tenemos referencia de ella, el lapso irrelevante de nuestra existencia nos acerca a los temores ancestrales. La distancia es tiempo. Y éste construye una historia circular, pero con giros algo diferentes, ya que la ocasión y el azar le imponen la incertidumbre. El tiempo, insobornable e indiferente, ostenta el poder omnipotente y absoluto. La memoria del hombre, la historia, es una impronta permanente de su existencia. Ante tamaño destino, al hombre sólo le quedó como consuelo el olvido. Fue la alternativa para oponerse al desaliento de la memoria. El olvido, como la fe y los sueños fueron piedades transferidas al ser humano. Misericordias, como dádivas, entregadas en compensación a la injusticia de su creación. Sin eternidad y con conciencia, el hombre deambula a la búsqueda de quimeras que hagan menos insoportable su existencia. El poder olvidar lo pasado, el descanso en el sueño, la fe inexplicable, la satisfacción como última salvación, permiten que su historia se fragmente. De esta forma, cada mañana inicia nuevamente la consolidación de sus utopías. Sin estos atributos, para la mayoría de los hombres, la continuidad de su historia sin misericordia alguna, sin la fragmentación que otorgan el olvido, la fe y el sueño, no hubiesen hecho posible la prosecución de la vida. Hasta conseguir su masificación. Sólo la reflexión y la ubicación justa de la dignidad, de "lo que es" ciertamente, sin temores ni quimeras, permite entender que los "dioses" han alcanzado al hombre esos aditamentos no sólo como un acto de arrepentimiento o culpa, sino también como parte de un proyecto fatídico y maléfico: la continuación de la tragedia. Sobornado inconscientemente, el hombre no advirtió que la única manera de entender "lo que es" radica en hacer uso de la reflexión de su pensamiento hasta el límite donde las fantasías pretenden mitificarlo. Donde la realidad se transforma en quimera, es la frontera en que el hombre pierde su racionalidad, y le agrega a lo miserable de su estado la podredumbre de sus utopías. Sólo el hombre puede hacer respetar su verdadera naturaleza, a sabiendas de que su fatalidad es irrevocable.

La obra de Ana María Quaglia son miradas que se esclavizan en su sensibilidad y que la artista es capaz, con la magia de su pincel, de transformarlas en perpetuas. Que en última instancia representan el fundamento del arte.

Jorge C. Trainini